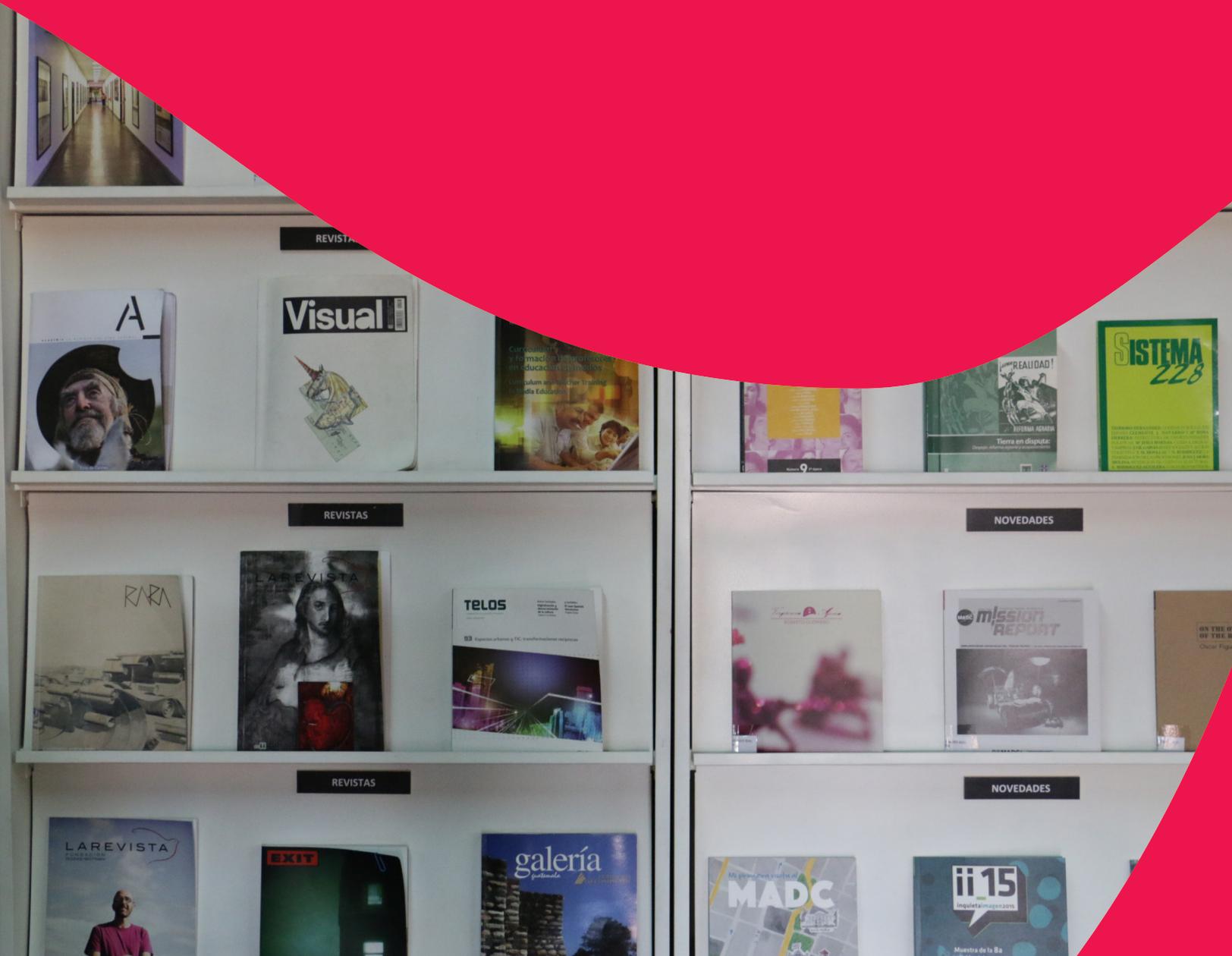




Cooperación
Española
CONOCIMIENTO/ LA ANTIGUA

EL SECTOR DEL LIBRO EN GUATEMALA

Ponencias presentadas para el coloquio celebrado el 25 de abril de 2019
en el Centro de Formación de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala



AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO (AECID)
Centro de Formación de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala.

PUBLICACIÓN

Coordinación

Biblioteca del Centro de Formación de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala. 2019

Diagramación

Johnnattan Moran

Las opiniones reflejadas en las ponencias de esta publicación corresponden a sus autoras y autores y son, por tanto, de su exclusiva responsabilidad.

© Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo
Centro de Formación de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala

Licencia: Atribución-CompartirIgual 3.0 No portada (CC BY-SA 3.0)

<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es>

CENTRO DE FORMACIÓN DE LA COOPERACIÓN ESPAÑOLA EN LA ANTIGUA GUATEMALA. (2019). *El sector del libro en Guatemala*.

Disponible en: <http://intercoonecta.aecid.es/Gestin%20del%20conocimiento/sectorlibro.pdf>



CONTENIDO

- 4 Presentación

- 5 Breve aproximación al estado de la industria del libro en Guatemala
 Raúl Figueroa Sarti
 Fundador y director de F&G Editores

- 12 El oficio de escribir en Guatemala
 Javier Payeras
 Narrador, poeta y ensayista

- 14 Un camino de regreso hacia el futuro: el carácter de la edición en Guatemala
 Carmen Lucía Alvarado
 Cofundadora de Catafixia Editorial

- 20 Las librerías: una reflexión sobre los espacios que construyen lectores y comunidad
 José Castillo
 Gerente Comercial de la Librería Sophos

PRESENTACIÓN

La Biblioteca del Centro de Formación de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala celebra sus veinte años en 2019. En este viaje, la Biblioteca ha ido evolucionando de la mano de la institución que le da razón de ser sin perder de vista su objetivo principal: garantizar el acceso a la información de la ciudadanía antigüeña y del departamento de Sacatepéquez.

La Biblioteca nació en 1999 como centro de documentación, pero pronto fue incorporando fondos que le permitieron desarrollar una entidad propia y abrirse al público general. Como punto de inflexión en esta travesía, en 2005 y 2006 llegaron los fondos especiales de Carlos Guzmán Böckler y Arturo Taracena Arriola, dos estudiosos guatemaltecos con los que esta institución estará siempre en deuda.

Desde entonces, la Biblioteca ha tratado de progresar para servir mejor a sus usuarias y usuarios con programas de promoción de la lectura, con actividades de debate y difusión del pensamiento crítico, con tecnología para una gestión más eficaz y con avances en la preservación de los fondos y en la accesibilidad de sus instalaciones.

A pesar de todos estos cambios, sin embargo, la voluntad de la Biblioteca se ha mantenido intacta desde su origen: defender el papel de la cultura y del conocimiento para conformar una ciudadanía crítica y comprometida con la transformación social que necesita Guatemala y el mundo entero; una transformación social que ponga la vida de las personas y el planeta en el centro.

Las ponencias que se incluyen a continuación fueron presentadas en el coloquio sobre el estado del sector del libro en Guatemala que se celebró el 25 de abril de 2019 en el Centro de Formación de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala.

Con ellas se pretende reflejar la variedad de miradas que confluyen en el ecosistema del libro: desde la perspectiva de quien escribe, hasta la de quien edita, publica o vende; todas ellas de vital importancia para fortalecer la cultura democrática del país.

BREVE APROXIMACIÓN AL ESTADO DE LA INDUSTRIA DEL LIBRO EN GUATEMALA

Raúl Figueroa Sarti
 Fundador y director de F&G Editores

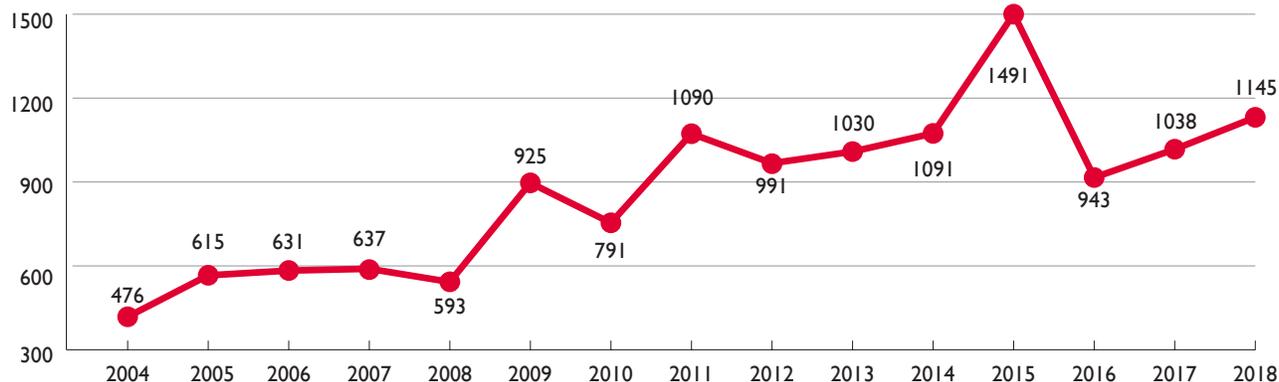
La principal dificultad para elaborar una aproximación a la evolución reciente del sector del libro es la falta de información extensa y confiable sobre el tema. Las pocas estadísticas que existen se encuentran dispersas o simplemente no son accesibles, tal como la tributación del sector a los ingresos estatales, hábitos de lectura, características de las empresas editoras en cuanto a volúmenes de producción y venta, personal que ocupan estas empresas, información sobre importación y exportación de libros (se reportan montos en dinero, pero no en cantidad de ejemplares), etc.

La principal fuente de datos es el registro de la *Agencia Nacional de ISBN* (International Standard Book Number) que administra la Asociación Gremial de Editores de Guatemala. Desde su creación en 1998, la Agencia ha ampliado la cobertura de registro de los libros impresos, pero es muy probable que no abarque la totalidad de títulos editados, los contenidos de estos ni de quienes editan en el país.

EVOLUCIÓN RECIENTE DE LA PRODUCCIÓN EDITORIAL

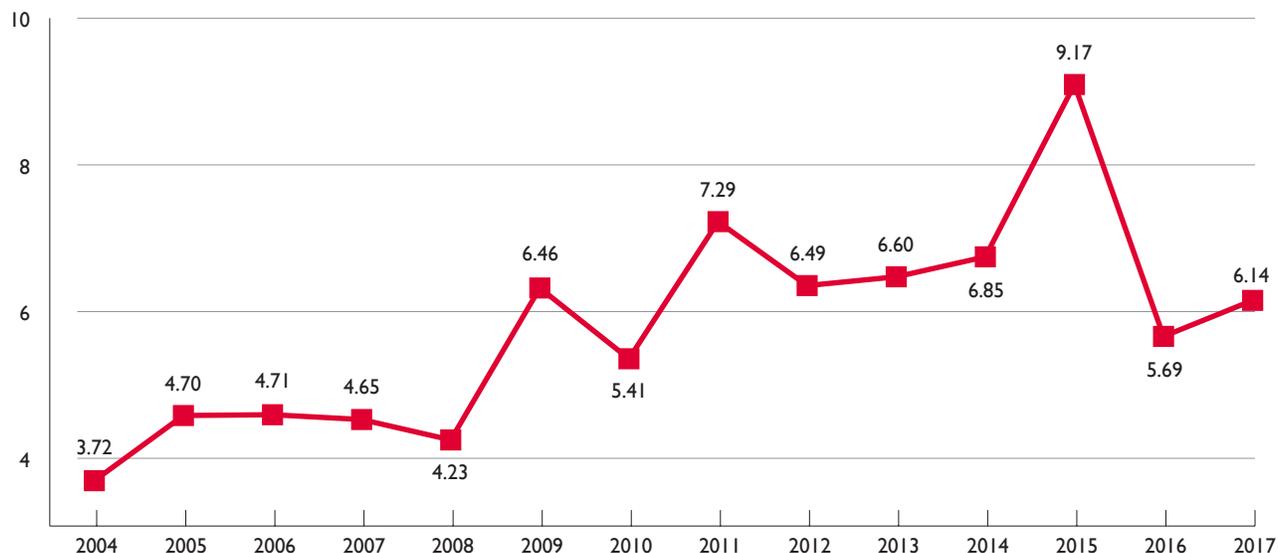
De acuerdo con los datos de la Agencia Nacional de ISBN, se puede afirmar que entre el 2004 y el 2018 se produjo un notable crecimiento en la cantidad de títulos registrados cada año: de 476 en 2004 a 1145 en 2018. Aunque la variación interanual en la cantidad de títulos es bastante irregular (como se aprecia en la Gráfica 1), resulta notable señalar que la tasa de crecimiento anual en el rango mencionado es del 9%.

Gráfica 1: Evolución anual de títulos registrados en la Agencia Nacional de ISBN entre 2014 y 2018



¿Qué nos dicen esas cifras, más allá de que se publicaron más títulos? En principio, no mayor cosa, pero sí pueden expresar algo si se hace la relación entre títulos publicados y población del país, como demuestra la Gráfica 2. Así, entre 2004 y 2017 existió un crecimiento de 3,72 títulos a 6,14 títulos publicados por cada 100 000 habitantes.

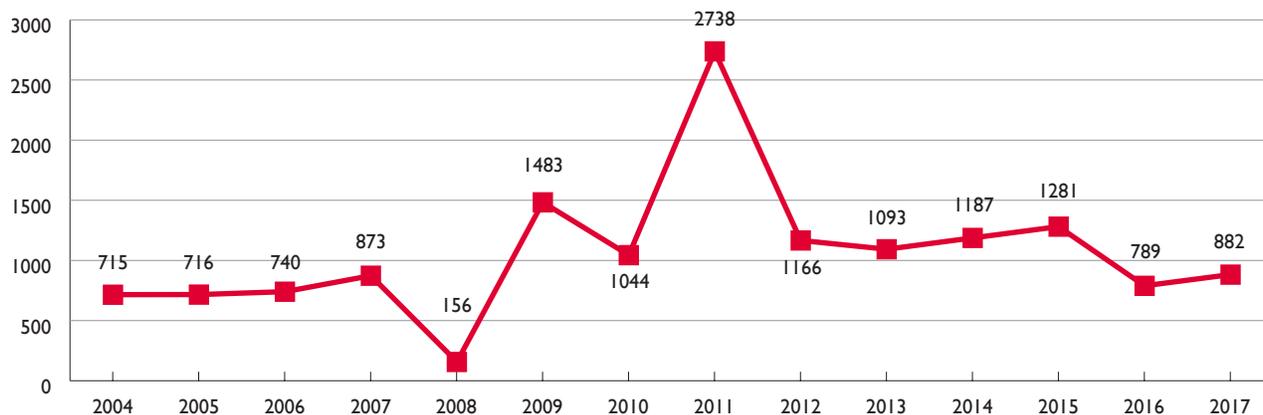
Gráfica 2: Evolución anual de títulos publicados por cada 100 000 habitantes entre 2004 y 2017



Adicional a las cifras anteriores, también es necesario considerar la cantidad de ejemplares que se publican anualmente en el país. Es posible que se estén publicando más títulos y menos ejemplares, como sugiere la tendencia en otros países, pues en promedio los tirajes han sido más bajos. Pero en términos de cantidad anual de ejemplares también se aprecia una tendencia al alza, a pesar de que en los dos últimos años ha habido una reducción.

Así, según los datos existentes, en 2004 se producían 715 ejemplares por cada 10 000 habitantes, una cifra que se elevó hasta los 882 en 2017, un 23,35% más.

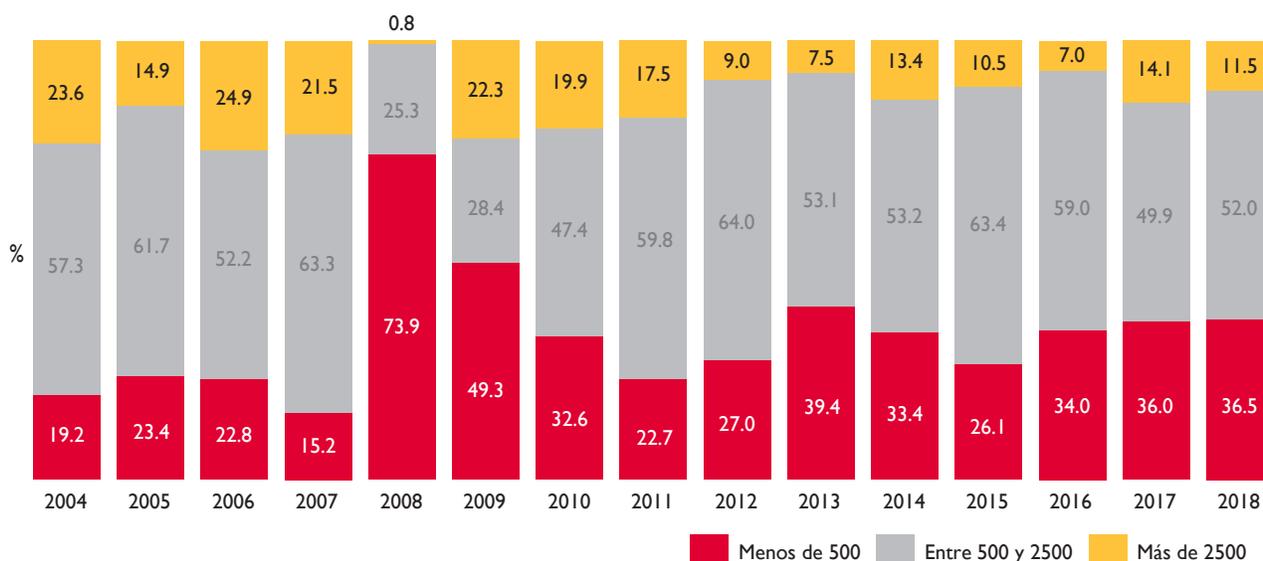
Gráfica 3: Evolución anual del número de ejemplares publicados por cada 10 000 habitantes



Los datos anteriores permiten concluir que en los últimos 15 años se ha producido un crecimiento sostenido de la actividad editorial, considerando únicamente la cantidad de títulos y ejemplares producidos anualmente. La relación entre el volumen de la producción editorial y la población del país permitiría concluir que ese crecimiento es expresión de un dinamismo del sector.

Otro aspecto para considerar es el volumen del tiraje de ejemplares por edición. El 50% del tiraje que se produce en el país es de entre 500 y 2500 ejemplares. Este dato da la pauta para creer que existe buena difusión al mismo tiempo que garantiza bajos precios para los libros producidos.

Gráfica 4: Distribución porcentual según la tirada de ejemplares entre 2004 y 2018



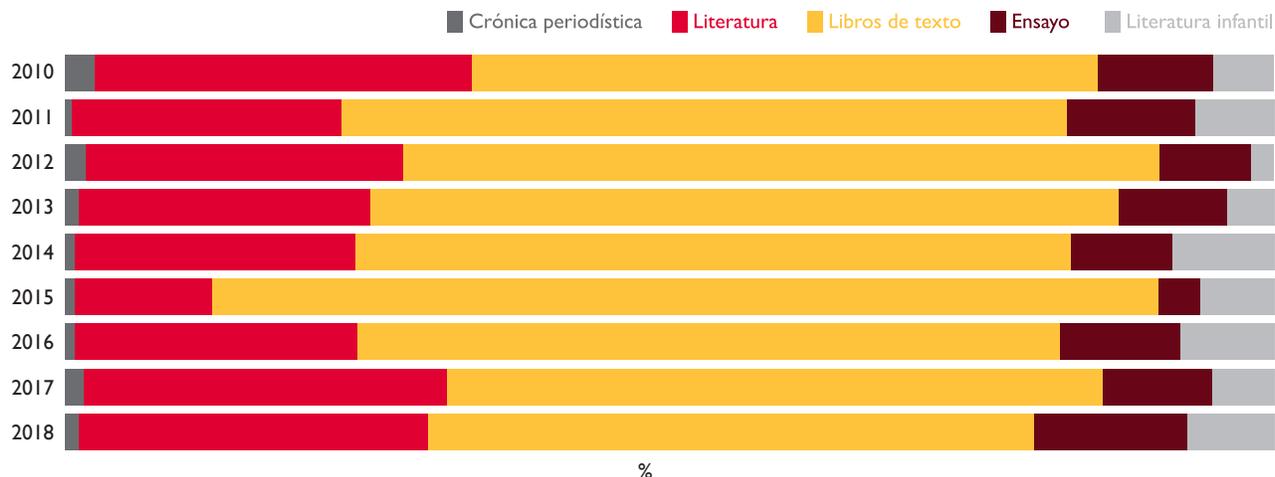
¿QUÉ SE PUBLICA?

La Agencia Nacional de ISBN posee las siguientes categorías de registro de contenido: crónica periodística, cuento, libros de texto de educación básica y media, ensayo, libros universitarios, literatura infantil, novela, poesía, preescolar, tesis de doctorado y otros. Sin embargo, el 50% de los títulos registrados están clasificados en la categoría “otros”, imposibilitando precisar su contenido.

Para efectos del análisis de datos, se ha omitido la categoría “otros” y el resto de categorías han quedado agrupadas en crónica periodística, literatura, libros de texto, ensayo y literatura infantil.

De este modo, las cifras que provee la Agencia Nacional de ISBN confirman que la mayor cantidad de la producción editorial en Guatemala se concentra en texto escolar de los distintos niveles educativos. Esta vez, entre 2010 y 2018, la participación de esta categoría oscila entre el 50% y el 62%, con excepción del 2015 que fue del 78% porque el Ministerio de Educación Pública adquirió libros para equipar bibliotecas escolares.

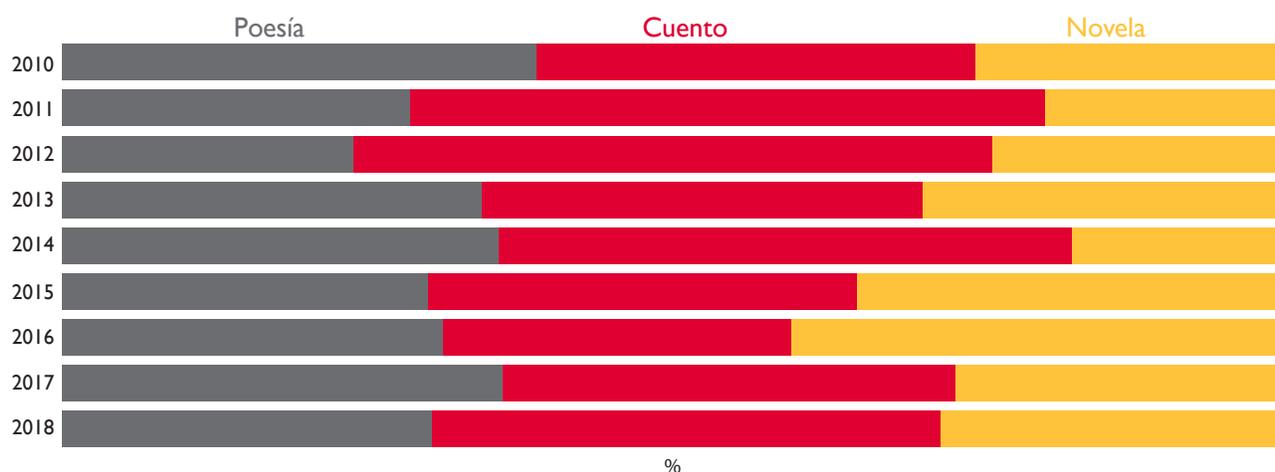
Gráfica 5: Distribución porcentual de la producción editorial según contenido entre 2010 y 2018



Los libros de literatura infantil merecen una particular mención porque, aunque su participación aun es bastante baja, se hace notar. Según estos datos, hay un creciente interés en la promoción de la lectura en niños y adolescentes, que al mismo tiempo generan más autores y editores de libros infantiles.

El segundo lugar de la producción editorial, con una diferencia media de 20 puntos, lo ocupan los libros de creación literaria (novela, cuento y poesía), variando, aproximadamente, entre el 20% y el 30% de los libros producidos anualmente. Realizando un promedio entre 2010 y 2018, la mayoría de las obras literarias publicadas fueron cuentos (41%), seguidas de poesía (32%) y novela (27%). Además de las dificultades económicas implícitas en la publicación de novelas (debido a la extensión), también está el hecho de que Guatemala históricamente produce más autores de cuento y poesía.

Gráfica 6: Distribución porcentual en la publicación de poesía, cuento y novela entre 2010 y 2018



¿QUIÉN PUBLICA?

Existe la creencia de que una buena parte de los libros que se publican en Guatemala son ediciones de autor, pero de acuerdo con los datos recogidos por la Agencia Nacional de ISBN, los libros publicados en ediciones de autor oscilaron entre el 10% y 21% entre 2010 y 2018. En la Agencia hay un total de 659 autores registrados, algunos de los cuales son institucionales y se registran como “autor-editor” por no publicar de manera regular.

Como editoriales hay registradas más de 450 empresas e instituciones públicas y privadas, aunque el dato es difícil de precisar dado que el sistema utilizado para consignar la información no cuenta con mecanismos de verificación que impidan la duplicación de editores por pequeñas variaciones en el nombre.

En el 2018, 114 de esas empresas registraron la publicación de por lo menos un título y 44 publicaron cinco o más, otorgando una idea aproximada de la diversidad de editoriales o proyectos editoriales que existen en Guatemala.

Un aspecto que resulta interesante es establecer qué tan concentrada está la producción editorial en el país, y para ello se tomará en cuenta el total de títulos publicados en los últimos cinco años (2014-2018) por las editoriales que en 2018 publicaron cinco títulos o más.

Esas 44 editoriales que en 2018 publicaron cinco o más títulos concentraron el 75,92% de todos los títulos producidos entre 2014 y 2018. Además, el 50% de títulos fueron editados por siete casas editoras, aunque destaca el hecho de que una de ellas concentró más del 25% de títulos.

Las características de las editoriales que más títulos publican reflejan, asimismo, que el peso mayor de las publicaciones recae en la edición de textos escolares y universitarios.

Del análisis de las cifras sobre la producción editorial reciente en Guatemala se puede concluir que el sector editorial es una actividad dinámica, que en términos cuantitativos ha mostrado un notable crecimiento en los últimos años, a pesar de que en el país no existen políticas públicas que estimulen su desarrollo.

En los últimos años se han expresado algunos intentos para estimular el desarrollo de la producción bibliográfica, pero muchos de ellos se han orientado particularmente a promover la actividad estatal en la edición de libros, más que a generar condiciones favorables para el sector industrial del libro. Excepción de esto constituye el apoyo que se ha dado, desde el Ministerio de Cultura y Deportes, a festivales de poesía, ferias municipales del libro y a la Feria Internacional del Libro en Guatemala (Filgua), institucionalizando en 2018 un aporte gubernamental de un millón de quetzales para esta última. Sin embargo, aún se carece de políticas de promoción de lectura, desarrollo de bibliotecas públicas, seguimiento de la relevancia económica del sector, estímulos a la creación literaria, difusión científico-técnica y distribución local e internacional de la bibliografía nacional. Lo más destacable en relación con el punto anterior es la ausencia de servicio postal público con tarifas especiales para materiales impresos.

LA FILGUA Y EL SECTOR DEL LIBRO

La Filgua se celebra desde el año 2000 como resultado de un proyecto impulsado en 1996 por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC). Con altibajos y limitaciones, este evento se ha realizado ininterrumpidamente durante 19 años con un crecimiento gradual en público, expositores, participación de escritores nacionales e internacionales y, por tanto, con un incremento en las ventas de libros. Aunque la Feria inició como un proyecto impulsado por los editores, se ha convertido en un patrimonio de los guatemaltecos y ha llegado a ser uno de los acontecimientos culturales más relevantes del país y una de las ferias más importantes de Centroamérica.

Aunque no existen datos sobre los cuales se pueda sustentar la afirmación, se puede señalar que la Filgua ha contribuido al desarrollo del sector del libro en el país. Es de destacar que la realización de la Feria se ha convertido en un espacio para poner en relieve, ante la opinión pública, la importancia nacional que tienen el desarrollo del libro y las bibliotecas y la promoción de lectura como un mecanismo para fomentar una ciudadanía crítica.

Las últimas ediciones de la Filgua han permitido avanzar con una cobertura nacional más allá del área metropolitana con el Concurso Nacional de Bibliotecas Públicas, el Concurso Interescolar de Lectura, la Conferencia Internacional de Bibliotecas, Filgua Adentro y las visitas de escolares provenientes del interior del país.

Además de lo anterior, resulta particularmente relevante el aporte económico de la Feria que, de acuerdo con sus propias estimaciones, en 2016 tuvo un impacto económico aproximado de 23 millones de quetzales en sus diez días de realización.

A pesar de ello, o tal vez por ello más bien, la Feria Internacional del Libro vive en la actualidad el acoso de los sectores conservadores del país que, representados por la Junta Directiva de la Cámara de Industria de Guatemala, pretenden apropiarse ilegítimamente de la marca “Filgua”. El interés primordial de dicho sindicato patronal es apropiarse del nombre y así poder incidir en los contenidos de la Feria para limitar la libre expresión creadora e imponer qué libros se pueden vender y presentar, así como las actividades que se realizan en ella. Desde la Asociación Gremial de Editores de Guatemala, entidad organizadora de la Filgua, se tiene confianza en que el Registro de la Propiedad Intelectual falle de acuerdo con la ley y rechace las pretensiones de la Junta Directiva de la Cámara de Industria.

¿QUÉ SIGUE?

La breve aproximación al estado de la situación del sector del libro en Guatemala permite concluir que, a pesar de las condiciones adversas, este ha ido avanzando y ganando un espacio cada vez más importante en términos del quehacer cultural y económico. Si contara con políticas públicas dirigidas a su potenciación, su aporte al desarrollo cultural, político, social y económico del país sería de un beneficio aún mayor.

A continuación, se enumeran unos cuantos elementos de relevancia para una política pública destinada al desarrollo del sector del libro en el país.

- Creación de bibliotecas públicas en todos los municipios de Guatemala con instalaciones adecuadas y programas de promoción de lectura, préstamos a domicilio, y adquisiciones de novedades editoriales nacionales y extranjeras (pero siempre privilegiando la bibliografía nacional).
- Campañas de promoción de lectura.
- Creación de bibliotecas escolares en todos los establecimientos públicos (en los distintos niveles educativos) e impulso de la promoción de la lectura entre los estudiantes.
- Apoyo estatal permanente a la Filgua y a otras ferias municipales y regionales.
- Subsidio estatal a la edición literaria en idiomas originarios y a la traducción de estos idiomas al castellano, siempre y cuando sean de bibliografía nacional.
- Establecimiento de premios para la creación literaria en los distintos géneros y a la edición de las obras ganadoras.
- Apoyo sostenido desde el Estado a la participación nacional en ferias internacionales del libro (tanto de editoriales como de autores guatemaltecos), principalmente en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (la más importante en idioma castellano) y en las ferias que se realizan en Centroamérica.
- Creación de un programa nacional de subsidios para la traducción de literatura guatemalteca a idiomas extranjeros.

- Impulso de acuerdos regionales de cobertura centroamericana dirigidos a estimular la libre circulación del libro centroamericano en la región, particularmente en lo relativo a las barreras no arancelarias y a los costos de transporte.
- Establecimiento de mecanismos que, sin exonerar a la actividad editorial del impuesto sobre la renta, no graven los inventarios, tomando en consideración que hay títulos que aun cuando son relevantes para el quehacer intelectual demoran varios años en realizarse comercialmente.
- Subsidios y/o créditos blandos para el establecimiento y sostenibilidad de librerías en todo el territorio nacional, ya que actualmente las pocas librerías que existen se concentran en la Ciudad de Guatemala.

Los puntos anteriores se plantean como una alternativa a la demanda permanente de exoneración al sector del libro del impuesto al valor agregado (IVA) y el impuesto sobre la renta (ISR). Esta idea se sustenta básicamente en lo siguiente:

- El impuesto al valor agregado no juega un papel determinante en el precio del libro. Si algo limita que se pueda adquirir un libro es el poder adquisitivo de la persona interesada, más que el precio de este.
- La experiencia de otros países señala que cuando los insumos (papel, tintas, placas) son importados, resulta sumamente complejo que libreros y editores puedan garantizarse una devolución del impuesto pagado, lo que al final deriva en que no hay una modificación en el precio y el IVA termina siendo parte del costo del libro.
- En caso de producirse una rebaja en el precio del libro al consumidor, esta termina beneficiando a la población con mayor poder adquisitivo, que ya tiene acceso al libro.
- La exención del IVA beneficia de manera directa al libro importado, con lo cual se profundiza la condición del país como importador de libros.
- En tanto que el impuesto sobre la renta es un gravamen a las utilidades, su exoneración únicamente beneficia a editores y libreros, pero no a los lectores.
- Si la perspectiva de exonerar de impuestos a los libros es democratizar el acceso a los mismos, el impacto sería mayor si se contase con una red de bibliotecas públicas y de acceso gratuito, con independencia de la capacidad adquisitiva de las personas.

EL OFICIO DE ESCRIBIR EN GUATEMALA

Javier Payeras
Narrador, poeta y ensayista

Es muy complicado dar detalles. Una vez recibimos un libro, luego lo leímos creyendo que estaba escrito para nosotros, fue tanto el entusiasmo que no resistimos el impulso y terminamos eligiendo un destino: escribir un libro como ese que leímos y luego intentar escribir aquel que nunca encontramos. Fin del relato.

Una página en blanco siempre es perfecta. Muy adecuado aquel proverbio antiguo que reza: “No digas algo que no sea mejor que el silencio”. Si hablamos del oficio de escribir, esta sentencia puede ser el primer no. Damos dos pasos hacia atrás, queremos dar con el conjuro que transforme la chatarra en oro o encontrar la vara que separe el Mar Rojo. Torpemente iniciamos por lo más difícil, la poesía. Algo que es deprimente: el autor joven que no sabe ni ha leído mucha poesía, que balbucea un par de filósofos o que repite atropelladamente una que otra teoría, que ningunea nombres y que tarde o temprano descubre que se formó en público. Esto que podemos llamar la prehistoria de un escritor. Cabe también la post-historia: cuando se acomoda en el papel de intelectual orgánico (o transgénico, ¿por qué no?), se vuelve un atildado corrector político, acude a sus anécdotas frente a la carencia de ideas y gradualmente se transforma en una estatua viviente. Puede que ambos flancos sean la parte más triste del oficio de escribir.

Y es precisamente la palabra oficio la que reúne todas las verdades. No se trata de una profesión, de un título nobiliario ni de un ejercicio de propaganda. Se trata de pulir y limar, leer incasablemente, adaptarse al cauce de su corriente y postular cosas que no deformen una tradición literaria torpemente. Dos principios: tener una habilidad no es tener un talento, tener un talento no es ser artista. Para ser escritor se necesita mucho tiempo, mucho trabajo, muchas crisis, muchos detractores y no caer en la tentación de presentar algo impulsivamente, no vale la pena talar tantos arbolitos para producir aquello que, por pena, nadie mandará a reciclaje o a la Quema del Diablo del 7 de diciembre.

¿Qué más insistir?: Guatemala no es un país para escritores, pero es un lugar del cual vale la pena escribir. Bertolt Brecht lo dice:

-Y en los tiempos oscuros, ¿habrá canciones?
Sí. Habrá canciones sobre los tiempos oscuros.

Este insuperable verso de Brecht guarda en la clave poética y política todo cuanto se puede decir acerca de crear literatura en un país tan complejo y lastimado como este. Puede que la barbarie y la imaginación sean las dos formas que se han representado. Una suerte de crónica delirante del paraíso más violento. La transparencia que reta todas las cosas y la posibilidad de abrir una salida de emergencia para el espíritu. ¿Qué es escribir?, simple, es el oficio de no darse por vencido. ¿Qué es el espíritu?, lo que resiste a la muerte o a la vida, lo que permanece. En mi habitación tengo varias fotografías de creadores que tuvieron vidas difíciles, pero lograron perfeccionar su arte a través del oficio. Es de sobra conocido que el gran talento no es recompensado sino hasta mucho tiempo después. Los más afortunados pueden recibir algún aplauso en vida. Los menos pasan desapercibidos décadas o siglos, hasta que una compleja ecuación del cosmos los pone en el camino de alguien que recupere ese legado y lo promueva con un amor inexplicable. Pienso en el legado que dejará esta época de consumismo efímero y quimeras cibernéticas. Puede que de las toneladas de libros producidos cada año solo quede un flaco libro de versos o dos párrafos de un autor desconocido. En tiempos como este da más prestigio ser el autor menos comprado que ser el más vendido.

Quien crea que puede empatar ambas cosas, debe competir con otras épocas en las que la gente disfrutaba leyendo Moby Dick y leía a los indestructibles clásicos grecolatinos sin quedarse dormida. Acaso épocas más envidiables en las que los narradores no competíamos contra Netflix ni las redes sociales.

El presente les propone un reto a los escritores: hacer libros que no puedan ser resumibles. Matar las historias y volver a los poemas. Para relatos ya están las series de televisión. Puede que toque volver a la milenaria tradición del relato corto y del poema-ensayo. De eso estoy seguro cada vez que alguien viene con ese taladro de la técnica narrativa o del género puro. Si se observa el camino recorrido por los autores latinoamericanos, encontramos la vigencia de un Augusto Monterroso, un Juan Rulfo o una Clarice Lispector en contraposición con los autores que acapararon las primeras planas de los suplementos culturales en todo el mundo. El medioevo intelectual latinoamericano se dio a finales de la década de 1970 cuando se balbuceó que un narrador no era un poeta. Ese desprendimiento surgió de mal interpretar aquello que los franceses de finales del siglo XIX y los norteamericanos de principios del XX propusieron para eliminar la caspa retórica y solemne del Modernismo.

Es curioso que una época que no tiene rival para la publicidad y el traslado de lo público a lo privado sea una de las menos lectoras que existen. Las cifras de libros vendidos no se reflejan en la cantidad de libros leídos por una persona promedio en un año. No es una época culta, es una época que simplemente consume sin nutrirse de nada. El libro ha ganado compradores que no leen, solo codician. Los nombres de los autores contemporáneos se evaporan al tratar de hacer una lista de recomendaciones para un amigo. Estamos en el excedente literario en el que no se habla jamás de libros, simplemente se espera a que saquen la película y se acabe toda expectativa.

Ese oficio de escribir tiene otro componente: hacerlo en Guatemala. Un país no país. Un lugar de hablas distintas, personas distintas, colores distintos y creencias distintas. La unidad no es más que otro recurso electorero para sumar votos. Decirse escritor es cargar un peso muy grande: Monterroso, Asturias, Cardoza, Méndez de la Vega, Ruano, Ak'abal, Rey Rosa, entre otros indispensables. Pero todos, al igual que las fotografías en mi cuarto, tuvieron impensables resistencias y precariedades. A la fecha pensar sigue siendo un lujo, ¿cuántas veces se ha escuchado la voz de la autoridad que dice “aquí te pagamos por hacer, no por pensar”? La creatividad siempre está asociada con el ocio. Tristemente aún se escuchan los juicios feudales que insisten que la inteligencia siempre está en las profesiones prácticas cercanas a los números y la usura, no en el trabajo humanista ni creativo. Esa lógica gorila que expulsó a los mejores guatemaltecos al extranjero, si es que no los acribilló en una esquina o los mató en la banca de un hospital público aguardando ser atendidos. Pero si algo tengo seguro es que este oficio construye amistades sólidas que nacen de la fe en publicar autores desconocidos por parte de los editores y donar esos magros réditos para que publiquen a otros que puede que tengan mejor o peor fortuna que nosotros.

Así el oficio de escribir es como atravesar un bosque en la oscuridad. No hay mapas, guías ni recomendaciones precisas. Vemos las enormes copas de los árboles que se asoman como guardianes colosales que nos observan desde lo alto, aunque entre una y otra sombra asome un poco del reflejo lunar. Así, en el imaginario persisten los grandes escritores previos a nosotros que alcanzaron a permanecer entre las cambiantes prioridades de la sociedad para quedarse aguardando en alguna parte de la memoria humana. Acaso mejores tiempos o al menos sí más cercanos a las palabras y a la verdad.

UN CAMINO DE REGRESO HACIA EL FUTURO: EL CARÁCTER DE LA EDICIÓN EN GUATEMALA

Carmen Lucía Alvarado
Cofundadora de Catafixia Editorial

QUEMARON NUESTROS CÓDICES

Para hablar de libros en Guatemala es necesario hacer un recuento, regresar al punto en que la palabra “Guatemala” aún no había sido dicha. Es un territorio que se define por las partes amputadas de su memoria porque la narrativa de su historia está cercenada, abruptamente intervenida. Nuestra palabra tiene restos de sangre y permanece aún en una etapa oscura, en una oscuridad que nos gesta.

Estamos en el centro de un continente. Cualquiera diría que ese centro es un punto recurrente, al menos en el imaginario de los latinoamericanos. Pero no. Guatemala es un país envoltorio, y a partir de ese carácter ha fundado casi todos los símbolos que la definen. Un país que no es evidente ante los ojos del mundo, que hace de su naturaleza oculta la forma de resguardar su memoria. Entonces, ¿qué significa hacer libros en un país que tiende a guardar en su interior lo que palpita de su cultura?

Cuando este territorio fue invadido, los textos que contaban nuestras historias y concretaban nuestro pensamiento se consumieron en el fuego, aunque se liberaron de su lastre físico y quedaron —ya fuera de su forma— convertidos en memoria colectiva que se ha hecho evidente en la palabra.



NO DEBERÍAN EXISTIR, PERO EXISTEN

Nuestro “primer libro” habla de libros que ya no existen. Estuvo oculto, aguardando el momento en que pudiera ser leído para cumplir su función de eslabón, su función de nudo que hasta la fecha nos sostiene y nos cuenta de dónde venimos. Hablo del Pop Wuj, libro sagrado de los k’iche’ que tenía todo en contra para existir, pero que en su naturaleza de envoltorio resguardó sus páginas y en ellas nos dio un mundo, una mitología, un conocimiento, una estética, una ética, una sensibilidad. Nos dio todo eso que suelen darnos los libros.

No fue el único que nos contó de la vida en este territorio antes de que este idioma se convirtiera también en un vehículo nuestro. Hubo otros, como el Rabinal Achí, el Chilam Balam, los Anales de los Cakchiqueles, el Título de los Señores de Totonicapán, el Título de los Coyoy... Hubo ideas y conocimientos que permanecieron vivos en las páginas de la voz, pero el Pop Wuj, ese libro de carácter sagrado es el símbolo más efectivo de cómo la palabra escrita, a pesar de tener todo en contra para existir, nace, se concreta, nos va hilando.

Hemos mantenido esa voluntad de escribir textos que envolvemos y escondemos al centro del tiempo que nos carcome para que eventualmente venga alguien y los encuentre, los desenvuelva y continúe con el juego de amarras que unen todos los presentes con todos los pasados.

CURA ANTE LA MORAL

En un país que ha padecido siempre la ausencia de estructuras institucionales que sostengan la producción de libros, los artistas y escritores se han visto obligados a diseñar e implementar sus propios dispositivos de difusión cultural. Mucha de nuestra literatura es gestionada, producida y provocada por los propios autores. Para fijar un origen debemos empezar por el siglo XIX, en una Guatemala independiente de España pero totalmente subordinada a las decisiones de una élite conservadora –ahogada en sus intentos por romper vínculos con el pasado milenario– en la cual aparecen escrituras irreverentes, gritos escritos que criticaban a una sociedad recalcitrante a través de la sátira y de la risa.

María Josefa García Granados y José Batres Montufar fueron los poetas que desde la clandestinidad ponían bombas que estallaban las reglas y las convenciones establecidas ante los ojos de los lectores, matizaban la realidad y utilizaban los versos como una cura ante la moral. Estos poetas editaban el periódico Cien veces una y, con él, sumaban al carácter de la edición en Guatemala un rasgo que, con el paso del tiempo, se convertiría en una constante: la actividad de los escritores-editores.

UN COMETA FRENTE AL DICTADOR

En medio de una de las dictaduras más largas de nuestra historia, entramos al siglo XX bajo el mandato de Manuel Estrada Cabrera, quien hacía del arte y la literatura algo decorativo, incapaz de indagar sobre el poder y de ir más allá de la superficie. Sin embargo, en los primeros años de ese siglo se imprimieron las revistas Elektra, Studium y Juan Chapín. Estos esfuerzos editoriales escapaban a los requerimientos del gobierno, y, a pesar de todo, produjeron un espacio para la escritura en libertad.

Uno de los principales impulsores de estas revistas fue el escritor Rafael Arévalo Martínez, autor de uno de los libros más reveladores de las nuevas formas de narrar: El hombre que parecía un caballo, que fue publicado en la ciudad de Quetzaltenango a finales de 1914, en una edición de autor.

Arévalo Martínez y los demás miembros de su generación (denominada “del Cometa”), cuya sede fue Quetzaltenango y en la que aparecen nombres como Alberto Velásquez, Osmundo Arriola o Carlos Wyld Ospina, impulsaron ediciones de autor y establecieron proyectos editoriales que le dieron un rostro a la inquietud estética que marcó una época en la literatura guatemalteca.

LOS AÑOS 20, SU ASFIXIA Y SU DELIRIO

La sensación de asfixia que provocaba esa Guatemala sitiada por dictaduras liberales hizo que grandes libros guatemaltecos se imprimieran fuera de sus fronteras. En la década de 1920 aparecen nombres como Luis Cardoza y Aragón o Miguel Ángel Asturias, quienes publicaron *Luna Park* y *Leyendas de Guatemala* en Francia y España, respectivamente. Así nace una característica más de los libros guatemaltecos: el exilio.

UN PROLÍFICO SILENCIO: CÉSAR BRAÑAS

No todo tuvo que salir para ser realidad. El nombre de César Brañas es una puerta que se abre. Participó de cerca en las revistas de la década anterior, pero su trabajo en *El Imparcial* —uno de los periódicos más significativos del siglo XX en Guatemala— logró ser un verdadero espacio de encuentro, un cauce que se alargó durante buena parte de ese siglo y que acogió en sus páginas una larga cantidad de nombres que bien podrían perfilar una tradición literaria guatemalteca. Pero César Brañas fue también un proyecto editorial en sí mismo: imprimía su obra en los talleres de la Unión Tipográfica para luego repartirla entre sus amigos. Brañas mantuvo esta dinámica durante más de cuatro décadas.

LOS TEPEU

La década de los 30 fue el marco para el nacimiento de *Los Tepeu*, nombre que en uno de los idiomas mayas significa “precursor”. Esta generación tenía como objetivo exaltar a Guatemala a partir de su obra literaria. A pesar de crear bajo el manto de la dictadura de Jorge Ubico, fueron una generación prolífica, destacando nombres como Manuel Galich, José Humberto Hernández Cobos, Carlos Mirón Álvarez y Miguel Marsicovétere y Durán. Este último impulsó uno de los proyectos editoriales más importantes de la época: la *Colección Mínima*, que se componía de libros en pequeño formato y con una propuesta estética definida gracias a la colaboración de artistas visuales de la época.

EL ACENTO DE LA REVOLUCIÓN

En la década de 1940 inicia una nueva generación conformada por Otto Raúl González, Enrique Juárez Toledo, Raúl Leiva, Augusto Monterroso y Antonio Brañas, entre otros, unidos siempre a un proyecto editorial, que sería la *Revista Acento*. En esta generación empiezan a verse intenciones revolucionarias que desde la literatura hicieron frente a la dictadura de Jorge Ubico, como una especie de anuncio de la revolución que en 1944 cambiaría la historia del país.

Sin embargo, la dificultad económica de mantener vivo un proyecto como este en una Guatemala que se volcaba a la gestación de un intento revolucionario impidió mantener viva la *Revista Acento*, pero que al final perfiló una generación literaria y dejó evidencia de su revolución social y cultural.

LAS COSAS COMO DEBÍAN SER

Con la revolución inicia, por primera vez en Guatemala, la construcción de redes culturales desde el Estado. Se forman grupos literarios y artísticos, una red de Casas de la Cultura y la edición de literatura forma parte de un plan del gobierno. El 1944 regresa a Guatemala el poeta Luis Cardoza y Aragón y funda uno de los hitos que resguarda en

sus páginas los nombres más emblemáticos de la literatura del momento: la Revista de Guatemala. Federico García Lorca, Juan Marinello, Octavio Paz, Juan Ramón Jiménez, Xavier Villaurrutia, Alfonso Reyes, Rafael Arévalo Martínez y Miguel Ángel Asturias, por ejemplo, colaboraron en esa revista que puso a Guatemala en el mapa de los esfuerzos culturales más importantes del continente y a sus creadores en contacto con las escrituras contemporáneas del mundo.

Durante los diez años de los gobiernos revolucionarios, se activaron también los artistas del grupo Saker-Ti –nombre que en cakchiquel quiere decir “amanecer”– y lo hicieron a través de revistas y de un sello editorial en el que aparecen nombres como Huberto Alvarado, Werner Ovalle López, José María López Valdizón, Olga Torres y Carlos Navarrete, además de pintores como Roberto Ossaye o Arturo Martínez. Esta década del país en la que se dejaron ver las posibilidades de una estructura institucional que producía para el arte y la literatura, fue frenada cuando el gobierno de Jacobo Árbenz Guzmán fue derrocado a través de la intervención norteamericana, en unión con la oligarquía y la iglesia católica guatemalteca.

A partir de esta fractura, Guatemala inicia el camino más doloroso que atravesó en el siglo XX: el Conflicto Armado Interno. Una guerra que dejó cientos de miles de víctimas mortales, decenas de miles de desaparecidos y un trauma espeluznante que aún hoy, a más de veinte años de finalizado ese conflicto, escupe sangre desde las dinámicas de nuestra sociedad.

FUNDACIÓN DEL MIEDO

El arte fue una víctima más del desbaratamiento que significó la contrarrevolución de 1954. Con ella inició un éxodo que dejó a Guatemala entre la orfandad y la resistencia, ya que a pesar de los exilios también se fueron articulando espacios para enunciar una verdad.

Ediciones Vanguardia, que dirigía el escritor Marco Antonio Flores, fue uno de los proyectos que se plantó en este momento oscuro, ya con una guerra instalada. Uno de los libros más significativos que se publicó en esta editorial –de definida postura política de izquierda– fue *Vamos patria a caminar*, del poeta Otto René Castillo, asesinado por el ejército en el oriente del país.

NUEVO SIGNO

A finales de 1960 nace el grupo Nuevo Signo, conformado por poetas originarios de distintas partes del país que coinciden en la Ciudad de Guatemala: Julio Fausto Aguilera (Chiquimula), Luis Alfredo Arango (Totonicapán), Francisco Morales Santos (Sacatepéquez), Antonio Brañas (Sacatepéquez), José Luis Villatoro (San Marcos), Roberto Obregón (Suchitepéquez) y Delia Quiñónez (Ciudad de Guatemala). Estos jóvenes poetas hacían lecturas, crecían en sus escrituras y creaban espacios de encuentro que contrastaban con la represión y el miedo.

Su proyecto editorial se llamó *El Palo Volador*, que consistía en pequeñas publicaciones acompañadas por el trabajo visual de artistas como Arnoldo Ramírez Amaya, Roberto Cabrera, Dagoberto Vásquez, Isabel Ruiz y Elmar Rojas, etc. Cada una de las obras que gestó el grupo Nuevo Signo se convertiría en referente de la tradición poética de Guatemala. Sus voces abrieron camino en medio de una época oscura, pero también lo siguieron haciendo después, dando fe de la creación en medio del horror y de la esperanza.

El golpe más duro que atravesó Nuevo Signo fue la desaparición forzada de Roberto Obregón durante el gobierno de Carlos Manuel Arana Osorio, pero los poetas mantuvieron su trabajo colectivo e individual hasta convertirse en una referencia dentro de la poesía guatemalteca.

La Moira, Rin 78 y Ediciones del Cadejo fueron proyectos posteriores a Nuevo Signo que también fueron impulsados por escritores como Enrique Noriega, Luz Méndez de la Vega, Manuel José Arce, Luis de Lión y Ana María Rodas.

NÁJERA Y MONZÓN: INDEPENDIENTES DE TODO

A finales de la década de los ochenta, Roberto Monzón crea Ediciones Clandestinas y Ediciones de la Doble Sercha, ambos proyectos editoriales de tirajes cortos y distribuidos entre personas cercanas. Sin embargo, fue suficiente para que las generaciones posteriores vieran en él un referente para sus escrituras y sus mecanismos de edición. Roberto fue un eslabón entre generaciones a pesar de haberse mantenido oculto, ya que gracias al contacto del cineasta Sergio Valdés Pedroni esa conexión con las escrituras de final de siglo fue posible.

Francisco Nájera fue uno de los poetas esenciales de Guatemala. El libro de la historia universal o Sujeto de la letra A son libros clave de nuestra escritura reciente, los cuales no conoceríamos de no ser por la peculiar forma en que él los hizo posibles, no solo desde la creación sino desde el hecho de hacerlos objetos vivos de papel y tinta. Nájera reside en Nueva York desde 1960, pero no es un poeta exiliado, por definición propia se siente un poeta local que escribe y siente desde Guatemala. Cada año, durante al menos tres meses, entrega a sus amigos en Guatemala libros impresos por él. Así lo ha hecho durante tres décadas, sin necesidad de buscar un sello editorial, de la misma forma en que lo hiciera César Brañas a principios del siglo XX.

FIN DE LA GUERRA, PRINCIPIO DEL GRITO

En 1996 oficialmente se pone fin a la guerra. Aproximadamente 36 años de desangramiento colectivo y represión se terminaban ante los ojos del mundo y bajo la firma de los Acuerdos de Paz. Los jóvenes que vivieron el final de la guerra e iniciaban la transición se enfrentaron a una época que decía inaugurar la paz. El mundo del arte estalló, la irreverencia y el grito fueron los primeros en aparecer en la nueva literatura. En este momento nacieron dos proyectos editoriales que aún hoy son referentes: Editorial Mundo Bizarro y Editorial X. Simón Pedroza fue el creador de la primera y enfocó su trabajo en la poesía, mientras que Estuardo Prado estuvo al frente de la segunda y se dedicó principalmente a la publicación de narrativa. Ambos reunieron escrituras delirantes que se desligaban de las posturas políticas y hacían referencia a un mundo globalizado. Sus manifiestos y sus escritos rompían discursos establecidos, pero también eran suelo fértil en que se sembraba un nuevo registro estético, una nueva forma de nombrar acompañada de música, artes visuales, arte urbano y cine, que en su reunión conformaron el arte de posguerra.

INDEPENDENCIA, DENTRO Y FUERA DEL ESTADO

En esta misma década nacen editoriales que a la fecha se sostienen, como Magna Terra (dirigida por los poetas Gerardo y Paolo Guinea), F&G Editores (dirigida por Raúl Figueroa Sarti) y Ediciones del Pensativo (dirigida por Ana María Cofiño). En paralelo a todos estos proyectos independientes, en Guatemala han existido proyectos editoriales desde el Estado que, dada la inestabilidad política y el debilitado sistema democrático, han sido abortados y no han logrado mantenerse a través del tiempo. Pero vale la pena mencionar que en 1986 se crea la Editorial Cultura dentro del Ministerio de Cultura y Deportes, la cual ha formado uno de los catálogos más sólidos del país durante desde su fundación hasta nuestros días.

AQUÍ Y AHORA

A principios del 2000 se popularizan los festivales de poesía en Latinoamérica, creando un tránsito constante entre poetas del continente que provocó del intercambio de voces y un tráfico de influencias, lo cual tuvo gran peso en la conformación de nuevas búsquedas en la poesía latinoamericana. En Guatemala nace el Festival Internacional de Poesía de Quetzaltenango en el 2003, pensado, organizado y sentido por jóvenes poetas de esa ciudad. El hecho de llevar a cabo festivales trajo una nueva necesidad: dejar evidencia tangible de esas poéticas que cada año venían a mezclarse con las escrituras locales. Esa evidencia se materializaría en libros, y fue así como una nueva generación llegó a definirse –nuevamente– a través de proyectos editoriales.

CATAFIXIA EDITORIAL

En el 2010 se publican los primeros libros de Catafixia Editorial, proyecto que comparto con el poeta Luis Méndez Salinas. La intención de este sello era dejar evidencia de la vasta creación que se estaba dando en nuestro país, pero también publicar a poetas contemporáneos de Latinoamérica para conocer y escuchar de cerca sus voces. El plan original contemplaba publicar 40 libros en grupos de cuatro, conformados por dos poetas guatemaltecos y dos de otro país latinoamericano. Esta primera época inició en febrero de 2010 y concluyó en julio de 2012.

Después de haber editado estos libros/puente, sentimos que ese era apenas el principio de nuestro camino, por lo que decidimos ampliar nuestros objetivos generacionales y geográficos, incluyendo poesía de España y poetas que han influido en nuestra formación como Raúl Zurita, Isabel de los Ángeles Ruano, Antonio Gamoneda, José Kozer, entre un largo etcétera.

Entendemos el trabajo editorial como una constante antología que se nutre de nuevas voces y de voces formadoras, de otros tiempos y otras latitudes. También hemos entendido que a través de los libros podemos contribuir a la construcción de una memoria que ha sido fracturada a lo largo de la historia y por eso, además de poesía, publicamos libros sobre esa historia para que los fragmentos y las ausencias empiecen a hablarnos y nos cuenten de dónde venimos.

UN CAMINO DE REGRESO HACIA EL FUTURO

En la actualidad los proyectos editoriales siguen naciendo. Al parecer no importa la cantidad de silencio que se pose sobre nuestra palabra, el registro es constante. Hemos aprendido a reescribir nuestra historia negada, hemos mantenido viva la palabra, que en su naturaleza de envoltorio nos ha cubierto de sentido y de búsquedas.

Nuestros códigos fueron quemados, pero todos los libros que hemos escrito son un camino de regreso a ellos. Nuestra oscuridad es un privilegio en el que nos vamos formando. Una vez encontramos un libro que nos llenó de sentido y nos amarró a nuestro pasado milenario, a pesar de los intentos por desaparecerlo. Ahora tenemos miles de libros. Lo que era un eslabón ahora es una red, quizá una constelación de palabras y poéticas que, a la distancia y en perspectiva, nos dibujan un rostro.

LAS LIBRERÍAS: UNA REFLEXIÓN SOBRE LOS ESPACIOS QUE CONSTRUYEN LECTORES Y COMUNIDAD

José Castillo

Gerente Comercial de la Librería Sophos

En Guatemala existen mitos en torno a la lectura, los libros y los lectores. De acuerdo con el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), los guatemaltecos leen menos de un libro al año en promedio, un número que incluso queda corto en el pobre promedio de los países latinoamericanos en donde solo los chilenos y argentinos leen más de 4 libros al año. Asimismo, menos de un 1% de los guatemaltecos afirma que lee por placer.

Con niveles de pobreza en torno al 59% y de pobreza extrema del 23%, el guatemalteco tiene problemas más importantes para lidiar que el número de libros que lee al año (Instituto Nacional de Estadística [INE], 2015).

Un sinnúmero de causas más puede explicar por qué los guatemaltecos leen tan poco: las altas tasas de analfabetismo y de analfabetismo funcional, la poca promoción de la lectura en la educación temprana, la ausencia de políticas públicas para formar lectores, y un sistema que castiga y desalienta el pensamiento crítico, por ejemplo. Crear y formar lectores en Guatemala es una quimera, sin embargo, los lectores sí existen.

No todas las estadísticas relacionadas con los libros y la lectura son desalentadoras. De acuerdo con la Asociación Gremial de Editores de Guatemala, se publican en el país más de 1000 títulos al año, de los cuales se estima que 300 son ediciones publicadas y financiadas por los propios autores; y la Feria Internacional del Libro en Guatemala (Filgua) ha aumentado su número de visitantes año con año hasta alcanzar los 65 000 en 2018, después de no llegar a 10 000 en sus inicios.

Las librerías también son una buena noticia para el ecosistema del libro en Guatemala, pues en el país existen más de 40 de diversos tamaños y temáticas. La naturaleza de estas es variopinta: algunas permanecen como librerías de mostrador, en donde el cliente debe saber lo que está buscando al llegar, pero otras han ido acercando a los lectores con métodos de exhibición más modernos y con una agenda cultural que convoca a las comunidades interesadas en sus propuestas.

Si bien las librerías no constituyen el negocio más rentable y atractivo (tienen muchos retos para mantenerse dadas las estadísticas citadas al principio), son un sector que continúa en un silencioso y discreto crecimiento con nuevos proyectos como Watson Books and Coffee, El reino de los libros y Rayuela (estas dos últimas, infantiles), que se han sumado al ecosistema tradicional de Artemis Libros, Piedra Santa, El Fondo de Cultura Económica, De Museo, Sophos o Casa del Libro (casi todas fundadas después de la firma de los Acuerdos de Paz en 1996).

No se cuenta con datos específicos, pero se puede estimar que en Guatemala se venden más de cuatro millones de libros cada año. No obstante, comprar y leer un libro son actividades totalmente distintas.

LA VENTA DE LIBROS

Buena parte de las ventas de libros en el país son gracias al trabajo que realizan las librerías, ya que los libreros son los encargados de poner en las manos de los lectores guatemaltecos las novedades que se publican a nivel nacional y en el mundo.

En Estados Unidos se publican más de 600 000 libros al año, 100 000 en España y 200 000 en América Latina y el Caribe. De esta manera, las importaciones de libros en Guatemala en 2018 ascendieron a los 22 millones de dólares, siendo México, Estados Unidos y España los principales socios comerciales en este rubro. A pesar de las

dificultades (costos de transporte, obstáculos logísticos, imposibilidad de trabajar en consignación, ausencia de distribuidoras locales), las novedades editoriales alcanzan con relativa rapidez al mercado guatemalteco y a sus lectores, que siempre están pendientes de las últimas publicaciones de autores como Andrés Oppenheimer, Ken Follett, Isabel Allende, etc.

El hecho de que las librerías mantengan sus fondos hasta cierto punto actualizados no quiere decir que exista un florecimiento de la industria editorial guatemalteca y de sus autores. Sin embargo, de los 1000 libros que se publican cada año, las listas de los más vendidos en muchas de las librerías en Guatemala son protagonizadas por libros escritos por guatemaltecos o sobre Guatemala. En los últimos cinco años, los libros más vendidos en la librería Sophos cumplen esta regla: Arzú, y el tiempo se me fue, de Méndez Vides en 2017 y 2018; Desde el cuartel, de Edgar Rubio Castañeda en 2016; y El abogado y la señora, de Dante Liano en 2015), sin mencionar a los longsellers que ocupan los primeros lugares de la lista año con año como El Señor Presidente de Miguel Ángel Asturias, y Guatemala: linaje y racismo de Marta Elena Casaus Arzú.

Si bien los bestsellers mantienen los negocios a flote, para las librerías que no se dedican exclusivamente a novedades es importante tener fondos diversos y actualizados con diferentes autores y editoriales que permitan a los lectores descubrir nuevas propuestas.

LA DIGITALIZACIÓN: OTRAS AMENAZAS Y OPORTUNIDADES

En un mundo cada vez más digitalizado, con opciones de compra y entretenimiento en la punta de los dedos de los usuarios, los libros ven su terreno y su papel amenazado.

En algún momento el libro físico se vio amedrentado por la sustitución del libro electrónico, pero los libreros se prepararon como pudieron para la llegada de esta nueva tecnología que prometía abaratar los costos y aumentar la disponibilidad y la inmediatez. Sophos fue una de las primeras librerías de América Latina en ofrecer libros electrónicos a sus clientes con una plataforma diseñada para librerías independientes, y más tarde otras librerías de Guatemala se sumarían.

La poca competitividad de las plataformas digitales para librerías independientes impidió que pudieran estar a la altura de aquellas como Amazon o Casa del Libro, que contaban con procesos de compra y descarga sencillos y eficientes con los que ganaban adeptos para el libro digital. A medida que la participación de los libros en formato electrónico crecía, se llegó a sugerir que el libro electrónico sustituiría al libro físico.

Para el 2011, los libros electrónicos representaban un 11% de las ventas totales de libros en Estados Unidos. Esta participación fue creciendo hasta 2014, cuando los libros electrónicos alcanzaron un máximo de 26% de los libros vendidos en el país norteamericano (por cierto, único país en donde llegó a tener semejante cifra). A partir del 2015, la cuota ha ido decreciendo hasta el 17% en 2017. Esto quiere decir que la experiencia del libro físico resultó ser más importante para los lectores que las bondades del libro digital.

Por otro lado, es interesante observar el movimiento de los audiolibros en el mercado, ya que en 2011 tenían una participación del 2,5% y han ido ascendiendo hasta representar un 5,6% en 2017.

En el caso de Guatemala, los ebooks nunca llegaron a representar el 1% de las ventas totales de libros. Pero los audiolibros sí pueden ser una opción más atractiva para los consumidores guatemaltecos, pues su proceso de descarga en plataformas independientes es más amigable que el de los libros electrónicos y además se perfilan como una importante alternativa de entretenimiento e información para las personas que pasan horas en el tráfico de la Ciudad de Guatemala.

Sophos es la única librería en Guatemala que vende audiolibros desde una plataforma digital, a pesar de que pocos libros en español están disponibles en este formato, pero la disponibilidad crece año con año.

CONSTRUYENDO COMUNIDAD

Tal como se mencionó, han quedado atrás las librerías de mostrador, en donde los clientes llegaban y, como en una farmacia, pedían el medicamento (libro) que necesitaban. Para eso han surgido alternativas como el servicio a domicilio y las compras de libros físicos por Internet. Las librerías ya no pueden darse el lujo de ser solo una venta de libros, por lo que deben ofrecer a su público razones para visitarlas.

Estas razones pueden ser eventos, presentaciones de libros, encuentros con autores, días de promociones y descuentos, venta de otros productos relacionados al mundo del libro, entre otros. Las librerías deben ser espacios de encuentro y de ocio.

En una ciudad como la capital de Guatemala, en donde existen pocos parques públicos y los centros comerciales parecen ser los únicos espacios de ocio, las librerías se constituyen como actores y espacios fundamentales en las comunidades. La necesidad de las personas de encontrarse y de convivir no ha dejado de existir porque los seres humanos son gregarios, y es difícil creer que cualquier revolución digital cambiará su naturaleza.

En las librerías de la Ciudad de Guatemala se realizan más de 500 eventos culturales cada año, con una asistencia promedio que acude constantemente a presentaciones de libros, conferencias magistrales, clubes de lectura, talleres, cursos de escritura y conciertos que dan vida a las librerías y a la comunidad.

Los eventos pueden funcionar también como una fuente de ingresos extra para las librerías. El modelo de librerías como centros culturales ha tenido éxito en Estados Unidos, donde la industria de librerías independientes ha mantenido niveles estables de crecimiento en los últimos años por convertirse en centros para eventos culturales y artísticos. Además, las librerías se han incorporado al movimiento Buy Local (compra local), que concientiza a los consumidores sobre la importancia de apoyar a los negocios y artistas locales para aumentar los niveles de vida en la comunidad y el aprovechamiento de los recursos financieros del propio vecindario. Este modelo es fácilmente replicable en otras latitudes, y las librerías son clave para su expansión provocando que los lectores encuentren un sentido de identidad y pertenencia en su entorno social más inmediato.

CONSTRUYENDO LECTORES Y EXPANDIENDO LA COMUNIDAD: LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA LECTURA Y EL ROL DE LAS LIBRERÍAS

Es común escuchar que una de las razones por las que la gente no lee en Guatemala es porque los libros son muy caros y muchos se aventuran a mencionar que Guatemala, junto con Chile y Bolivia, es el único país de América Latina y el Caribe en donde los libros pagan impuesto al valor agregado (IVA). Sin embargo, Chile destaca como el país latinoamericano que más lee (5,4 libros al año por persona según datos del CERLALC).

Eliminar el impuesto al valor agregado a los libros estimularía la oferta, alegan quienes promueven una nueva ley del libro basada en exoneraciones fiscales. Pero, en términos de inversión, los retornos que puede generar una librería son poco atractivos (con IVA o sin IVA) contra los que podría generar otro negocio. Y en términos de consumo, los libros no parecen ser bienes demasiado elásticos, por lo que es difícil determinar si una reducción en sus precios haría que más personas estén interesadas en comprarlos.

Estimular la demanda puede ser una solución para crear nuevos lectores y una ley del libro consecuente debería, más allá de los beneficios fiscales, buscar la promoción de la lectura.

Rebajar el precio de los libros no tendrá un impacto demasiado significativo en su consumo, pero acercar los libros a las personas sí, y es aquí en donde las bibliotecas pueden desempeñar un rol fundamental. Los impuestos recaudados de la actividad librera podrían tener como destino la actualización de los fondos de las bibliotecas para la lectura gratuita en las comunidades y el adecuado funcionamiento de dichos espacios.

EL FUTURO

Además de generar un impacto positivo con el producto que venden y de aportar a la economía local generando empleos y pagando impuestos, las librerías son un punto de encuentro para las comunidades, plataformas de expresión para incipientes artistas locales y un semillero que genera lectores y autores. Las librerías pueden y deben coexistir con las innovaciones tecnológicas y abordar el proceso de globalización desde la comunidad a la que pertenecen.

Un ecosistema del libro que se limite a las editoriales y librerías no es eficiente, pues debe garantizar el acceso a los libros a todas las personas por medio de las bibliotecas, y a su vez debería ofrecer al público fondos igual de actualizados que los de las librerías.

La tarea es quijotesca y las librerías deben trabajar en conjunto para ayudar fomentar la lectura y crear lazos de afinidad entre los lectores. Eventos como la Filgua o la recién implementada Semana de las librerías (tres días en los que las librerías, en coordinación, ofrecen eventos con autores y descuentos especiales) son espacios que deben propiciar la colaboración entre colegas. Crear más lectores es un esfuerzo conjunto en el que debe participar el Estado, las bibliotecas, los promotores y los autores, pero en el que las librerías tienen un rol fundamental.

BIBLIOGRAFÍA

CENTRO REGIONAL PARA EL FOMENTO DEL LIBRO EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE. (2017). *El libro en cifras. Boletín estadístico del libro en Iberoamérica*. Disponible en: http://www.cerlalc.org/wp-content/uploads/publicaciones/olb/PUBLICACIONES_OLB_El_libro_en_cifras_11_310817.pdf.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA. (2015). *República de Guatemala: Encuesta Nacional de Condiciones de Vida 2014*. Ciudad de Guatemala.

STATISTA. (2017). *Distribution of trade book sales in the United States from 1st half 2011 to 1st half 2017*. Disponible en: <https://www.statista.com/statistics/639075/book-format-market-share-usa/>.

